

GALERIA DE PINTURAS.

ESCUELA ITALIANA.



(La Visitation.—Cuadro de Rafael de Urbino.)

Los pintores en sus composiciones no procuran siempre seguir exáctamente los documentos históricos, y Rafael para tratar el asunto de una manera mas agradable, se ha separado del Evangelio de San Lucas.

« Por este tiempo, Maria partió prontamente para ir á las montañas de Judá, y entró en la casa de Zacarias y saludó á Isabel. Cuando Isabel oyó la voz de Maria que la saludaba, sintió estremecerse su hijo en sus entrañas, y fue llena del Espíritu Santo, y esclamó levantando la voz « bendita eres entre todas las mugeres, y bendito el fruto de tu vientre » ; De donde me viene esta dicha, que la madre de mi Señor me visite? »

Es imposible encontrar aquí la fidelidad histórica de que habla Mr. Quatremere, en su historia de la vida y obras de Rafael; no se sabe porqué esta escena la ha representado á las orillas del Jordan. Puede igualmente

chocar, que Rafael hubiese seguido entonces el uso que hacian los pintores anteriores á él, de representar en lontananza otras escenas que habian sucedido muchos años antes, ó despues, tal como en este cuadro, donde se vé el bautismo de Jesucristo por San Juan, el cual tuvo lugar treinta años despues.

Este cuadro fué pintado por Rafael, en su mejor tiempo; presenta todo él un conjunto de belleza, y sobre todo un colorido vigoroso. que no se encuentra en sus primeras obras. Fué egecutado en tabla, y pasado á lienzo en París en el año 1804. Fué colocado antes del año 1681, en la sacristía del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, desde donde pasó al Real Museo de Madrid: en los últimos años ha sido tambien gravado por Mr. Desnoyers, en 1824. Tiene de alto 7 pies 2 pulgadas: ancho 5 pies 2 pulgadas 6 líneas.

NOVELAS.

EMILIA GIRON.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

XVI.

ERROR DESVANECIDO.

Preocupado el Conde de Buena-Estrella, con la idea de casar á Emilia con el hijo de Bustamante, apenas terminó la sangrienta lucha que dió principio invadiendo los franceses á España, y concluyó persiguiéndoles los españoles hasta las orillas del Adur y el Nive, se embarcó en Bilbao con su amigo y camarada, llegando los dos á Cadiz, donde sabia Bustamante se hallaba su hijo, gracias á la carta que este habia escrito al gefe de su division.

Cuando Carlos llegó á saber los proyectos de su padre, hallábase poseído del resentimiento y profundo despecho que le habia causado la conducta de su amada. Así es que acogió, aun que con frialdad, una proposicion que poco antes hubiera desechado abiertamente, y prometió ver á la jóven que le destinaban. Sin embargo, andaba remiso en verificarlo, porque abrigaba la esperanza de que Emilia le escribiría decidiéndose por él, en cuyo caso renunciarla á cualquier enlace, por ventajoso que fuese. Mas viendo que pasaban dias y dias, y Emilia guardaba profundo silencio, al paso que su padre le estrechaba á que visitase á su futura, resolvió ejecutarlo, y aun darle la mano de esposo, fuese fea ó bonita, pues esto le importaba poco, desesperado como se hallaba desde que llegó á penetrarse de que su amada era una coqueta, que se habia burlado de los dos hermanos, sin profesar á ninguno de ellos una pizca de cariño.

Todo esto le traía pensativo y taciturno, sin que Camilo se atreviese á decirle una palabra, á fin de no agriarle con el recuerdo de la infidelidad de una muger, á quien amaba tanto como Carlos. Viéndole empero decidido á renunciar á su primera pasion, le abordó una noche, entablándole con él la siguiente plática:

« Gracias al Dios de los mares, que te veo dispuesto á entrar en parlamentos con esa nueva sirena. Haces bien, porque así como así tambien cansa el rumbo de soltero, y apetece el hombre aislado una compañera que le ayude á sufrir las borrascas de esta pícara vida. Yo pensaba hacer lo mismo, pues estaba cansado de navegar, llevando siempre puesta la proa á esas malditas goletas llamadas mugeres; pero ahora estoy decidido á seguir hogando por mar y por tierra, y á echar los cloques á cuantas vea, porque quiero que todas ellas me paguen las averias que ha hecho en mi corazon, nuestra comun goleta.

— ¿ La amabas acaso? preguntó Carlos.

— ¿ Qué si la amaba? .. Pregúntame si la amo, y

te responderé que la quiero más que á mi navio... Mas no hablemos de ella, y ocupémonos de lo que nos interesa. ¿ Estás resuelto á casarte? »

— Sí, contestó Carlos.

— ¿ Y con qué cuéntas para sostener á tu muger y á tus hijos, si los tienes? »

— Padre dice que ella es rica, y yo tengo mi sueldo.

¿ Rica, eh?... estás fresco, Carlos. Mañana te echa en cara tu pobreza, y te dice que todo es suyo, y te aja, y te arroja una andanada de injurias, y te desprecia como á un miserable grumete, sin que te quede mas recurso que callar ó romperle un espeque en las costillas. Lo que es el sueldo de capitán, ciertamente te alcanzará para proveer de víveres á tu tripuación, y comprarla vestidos, y gorros, y gallardetes.

— ¿ Y qué quieres que haga? »

— Nada, casarte... yo te daré la dote, y compraré á tu muger el regalo de boda.

— ¿ Tú, Camilo? »

— Sí, yo. Durante el tiempo que permanecí en la Habana, me dediqué á enviar á Veracruz pacotillas de miel, cera y tabaco, habiendo llegado á reunir unos cuantos pesos. A pesar de que he gastado mucho, aun me quedan quince mil duros, que pienso distribuir de esta forma; seis mil para nuestro padre, que se va haciendo viejo y necesita carena; igual cantidad para tí, y el resto para comprar las arras, dulces, lazos, moños y demas frioleras.

— ¿ Pero y tu, Camilo? preguntó Carlos saltándosele las lágrimas.

— Yo, respondió aquel, tengo bastante con mi sueldo y lo que pueda adquirir en América.

— ¿ Vas á abandonarnos de nuevo? »

— Sí, Carlos; el mar es regularmente la sepultura de los marinos, y quiero morir en él, admirando á mis pies, al dar el último suspiro, el magestuoso balance de las olas, y sobre mi cabeza la bóveda inmensa de un cielo azul, bañado en púrpura y oro al nacer el sol, y cubierto de noche con un manto sembrado de fulgurante estrellas.

El capitán abrazó al marino, y se separaron, este para encaminarse á la habitacion de su padre, que se habia aposentado en la misma casa, y aquel para dirijirse á la calle de Murguía, con intencion de hablar á Emilia por última vez, para lo cual le envió aquel dia un billete, suplicándole saliese á la ventana.

Entre los goces que cercan á un enamorado, desde el momento que llega á perder la timidez y á familiarizarse con su amada, seguramente es de los mas dulces hablar con ella por una reja á deshoras de la noche, cuando solo Dios escucha sus palabras de amor, y únicamente presencian sus caricias la luna del estio columpiándose blandamente, y las estrellas lanzando sus débiles rayos, envidiosas de tanta dicha y tan grande ventura. Mas si cubierto el cielo con negrísimas nubes, mugé desencadenado el viento en las noches de Enero, y azota los hierros de la ventana, se aumenta doblemente el gozo, porque la cándida jóven cree conocer en esto los quilates del amor que la profesa un hombre que va á

arrostrar por ella los frios del invierno y sus crudísimas escarchas, al propio tiempo que el rondador maneebo, toma en cuenta con alegría, para sus quiméricos pero deliciosos cálculos, que su amada abandona el mullido lecho, y sufre por él los mismos frios y las mismas escarchas, los cuales en vez de helar el amor que arde en su pecho avivan mas la llama, añadiendo combustibles á la devorante hoguera. Oh! si, dulce es contemplar á una jóven á través de los importunos hierros, y escuchar sus palabras de ternura, y oír sus amorosos acentos, aspirando su aliento embalsamado, sorprendiendo sus miradas de fuego á la luz de la luna, adivinándolas á despecho de la oscuridad, convenciéndola si se queja de ingratitud ó inconstancia, consolándola si gime, llorando con ella si llora, y enjugando sus abrasadoras lágrimas con el cendal de la ilusion y de la esperanza.

Carlos se acercó á la ventana de Emilia con resolucion, y esperó á que esta hablase, no sin estrañar el profundo abatimiento que se notaba en la heredera, la cual le miró un rato en silencio, diciéndole al fin:

« Me has dicho que quieres hablarme por última vez ¿ estás pues resuelto á romper unos lazos que han embellecido mi vida, llevando á mi corazon halagüeñas esperanzas? »

— Admiro tu hipocresía, contestó Carlos, mucho mas que tu desenvoltura....

— Caballero! gritó Emilia; repórtese V. y no aje con sus injurias á una muger, que no tiene que echarse en cara otra falta sino la de haber puesto su amor en un hombre indigno de poseerlo. »

La luna lanzaba á la sazón sus plateados rayos sobre el rostro de la heredera, cubierto de vivísimo encarnado. Carlos la miró con atencion, y al ver la dignidad que reinaba en ella, exclamó en tono suplicante:

« Perdóname, Emilia; perdóname por Dios, porque no se lo que digo, ni lo que siento, ni lo que hago. Yo estoy loco; he perdido la razon, y por eso te acusaba; tú me amas, lo conozco... hice mal en injuriarte: ¿ es verdad que me amas? »

— ¡ Ingrato! dijo Emilia llorando; dudas de mi amor cuando sabes que lo he alimentado en mi pecho durante seis años; que ni el tiempo ni la ausencia lo han mitigado; que unirme á ti es mi única esperanza, y que no anhelo mayor ventura ni otra felicidad que ser tuya!

— No lores, Emilia mia; estoy penetrado de tu amor, y ya nada dudo, porque es imposible mienta una boca que lanza acentos tan puros. Veré á Camilo, y le diré que solo me quieres á mí...

— ¿ Quién es ese Camilo? »

— Mi hermano, que me ha enseñado una sortija tuya, asegurándome que poseia tu amor.

— ¿ Es marino? »

— Sí.

— Oh! todo lo comprendo, exclamó Emilia, saltando de alegría; habeis caído en un error, de que otras hemos sido víctimas.

— ¿ Cómo nosotras? preguntó Carlos.

— Sí, querido mio; tu hermano tiene amores con

Adela, la jóven que viste en Casa-Blanca, y á quien le adoptado por compañera. De ahí ha nacido la fatal equivocacion que nos ha hecho padecer tanto: mas olvidemos esto, y vengamos ahora á lo que importa. Mi padre ha llegado ya, y me ha dicho que estov prometida á un jóven que no conoce: no he querido oponerme abiertamente á sus deseos, y he pedido tiempo para estudiarle. Soy de opinion de que entretanto debes tu hacer amistad con mi padre, tratando de adquirir su afecto; luego que lo consigas le descubriré mi amor, y es probable que de su consentimiento para nuestro enlace. ¿ No te parece bueno mi plan? »

— Es excelente, Emilia mia, pero innecesario del todo, si como pienso ven claro en esta negocio. ¿ Tiene padre el jóven que te destinan? »

— Sí, y salvó la vida al mio en la batalla de la Albuera.

— ¿ Y dónde se halla? »

— Aquí, habiendo llegado juntos, procedentes de Bilbao.

— ¡ Cuán felices somos, amada de mi alma!... Ese jóven soy yo, y es mi padre el que salvó la vida al tuyo. »

Emilia se hincó de rodillas en su habitacion, y dió gracias al cielo, llorando de placer. Volvió luego á la ventana, y se entregaron los dos amantes al colmo de la alegría, prodigándose mútuas caricias, dirigiéndose dulcísimas palabras, y formando mil castillos en el aire....

Después de haber hablado Camilo con su padre, se despidió de él para retirarse á su buque, surtió en la bahía; mas sumamente distraído con cien pensamientos que asaltaban su ardiente imaginacion, no echó de ver que en lugar de dirigirse hácia la *Puerta de Mar*, le arrastraban hácia la calle de Murguia, la brisa del amor, y las olas de una pasion profunda. Cuando conoció su error se hallaba cerca de la casa que albergaba á la familia de Buena-Estrella, y como no podia menos, dirigió los ojos á la ventana donde habia pasado tan buenos ratos con Adela. Lo primero que se le ocurrió al ver allí un hombre, fue acercarse á él con el objeto de conocerle; mas juzgando seria Carlos, se envolvió en su capote de hule, y fue costeano suavemente la pared hasta anclar sin ser sentido en la puerta, donde se puso al paio, preparándose á escuchar con grande atencion.

A pesar de que la ventana se hallaba contigua á la puerta, no podia Camilo oír distintamente lo que hablaban, porque era la hora de pleamar, y las ondas iban á estrellarse con furor contra las murallas, esparciéndose su bramido con el silencio de la noche por toda la dormida ciudad. Solo llegaban hasta él algunas espresiones arrebatadas por la brisa, y algunas frases cortadas por el ancho y sonoro murmullo del inquieto y ajitado mar, en las cuales jugaban las palabras *amor*, *ternura*, *constancia*, *carino*, *felicidad*, *pasion*, y algunas otras de esas que tanto abundan en el diccionario de los amantes. Tambien oyó ó creyó oír á la jóven: « ¿ cómo me has inspirado mi primera y última pasion...? ¿ sin tu amor para qué quiero la vida?... » y otras cosas por el estilo, que le hacian dar botes de impaciencia, habiendo estado

mas de una vez decidido á levantar áncoras, darse á la vela y caer sobre ellos, arrojando sobre el capitán una andanada de puñetazos, y diciendo á su amante unas cuantas frescas.

El afortunado capitán levantó al fin el campo, y el marino apenas oyó cerrar la ventana, volvió la proa hácia el Oeste, desplegó todas sus velas, y hendiendo las ondas zarpó en medio de la calle, colocándose frente al murallado castillo. Tocó luego la vucina, y al cabo de poco tiempo abrióse de nuevo la ventana, viéndose con la claridad de la luna flotar á través de los hierros un vistoso pabellón, que no era otra cosa que un elegante pañuelo de seda, colocado en la cabeza de la jardinera, y anudado con negligencia por debajo de la barba.

¡Lo que puede el hijo de Citéres! Camilo, el intrépido corsario que no temía las tempestades ni las borrascas del amor en alta mar, empezó á temblar en la orilla, abandonándole su valor acreditado en cien combates, y la serenidad que le había salvado de no pocos naufragios. Adelantose pues lentamente hácia Adela, y en el momento de tocar la arena, necesitó hacer un grande esfuerzo para saltar en tierra, lo que verificó al fin precipitándose contra los hierros de la ventana, donde permaneció un gran rato sin desplegar los labios. Recobrando con dificultad su pérdida calma, clavó sus ojos en el rostro de Adela, cubierto de lóbregas nubes, que no eran de muy buen agüero, y le dijo en tono brusco:

«No pensaba volver á verte, por no hallarme en la precision de decirte las cuatro verdades del barquero. Tú lo has querido, y á nadie debes de echar la culpa si en la tormenta que se prepara llevas la peor parte, como menos velera y experimentada.

—¿Yo lo he querido? preguntó Adela. ¿Te he llamado yo? ¿te he dicho que vinieras? ¿te he escrito una sola línea? ¿te he hablado ni aun visto alguna vez desde que recibí tu carta?... Te equivocas si piensas intimidarme, pues nunca he temido las tormentas por furiosas que sean... Dí cuanto quieras, y pronto, porque ya es tarde y tengo sueño.»

Admirado se quedó Camilo al ver la valentía de Adela, á quien creía confundir echándole en cara su liviandad y coquetismo. Así es que mudando de tono la dijo sonriendo:

«Está visto que contigo nada pueden aun los mismos huracanes, y que nunca te sumerjes, consiguiendo flotar siempre sobre las olas. Venía dispuesto á reñir, y ahora lo estoy á hacer las paces, porque me enamoran tu arrogancia y tu valor... ¿Quieres que seamos amigos?

—Ni amigos, ni nada, contestó Adela. ¿Qué fé pudiera yo dar á tus palabras de amistad, cuando estoy persuadida de que habrás de quebrantarlas, como has quebrantado tus promesas de amor?...

—Ola! ola! ¿te vienes con reconvenciones, tú que navegas á todos los vientos, y me has hecho juguete de las olas de tu caprichoso cariño? Por Santelmo que es curioso el lance.

—Dejémonos de ficciones, Camilo: ni yo te quiero á tí, ni tú á mí; con que separémosnos, y Dios nos ayude.

—Que tú no me quieres, dijo el marino, lo sé por desgracia; en cuanto á si yo te quiero, Dios que penetra las intenciones lo sabe, y mi corazón, que has desgarrado, lo sabe tambien como Dios.

—¿Es eso verdad, Camilo? ¿es cierto que sufre tu corazón?

—¿Sufrir?... qué disparate! contestó el marino con amarga sonrisa; si lo dije te he engañado; al contrario, estoy muy contento, porque me hallo libre de sirenas que me enagenen con sus cantos, para sumirme mas tarde en un piélago de tormentos.

Reinó entre los dos amantes un profundo silencio, que interrumpió Adela, diciendo:

«Voy á hacerte una súplica, Camilo: déjame tu pelo y tu retrato, y no me arrebatas unas prendas que me arrancarías á costa de mi vida. En cuanto á la sortija tó-mala, porque ni me pertenece ni debo quedarme con ella.

—Sí debes, Adela, contestó Camilo; consérvala como un recuerdo mio: para yo acordarme de tí me basta tu imagen que llevo gravada en mi corazón, y la herida de mi pecho, que no podrán cicatrizar los vientos del Océano, ni las frescas y saludables brisas de la encantada América.

—¿Con que te marchas, Camilo?... y me abandonas!... y huyes de mí, pobre y huérfana, y que he depositado en tí un tesoro de amor!...

La jardinera rompió á llorar amargamente, y el marino contempló en silencio su llanto, que le parecia incomprendible, así como extraña la inmensa afliccion en que veía sumida á la infortunada jóven.

«¿Eres huérfana, Adela? preguntó al fin. Pues no me dijiste que tenias madre?

—Te engañé, porque temía no quisieses amar á una jóven sin familia, sin bienes de fortuna, y sin mas apoyo que otra jóven compasiva y virtuosa, pero dependiente de un padre que podia ó no aceptar la obra de proteccion y caridad que ha emprendido su hija. Créame pues sola en el mundo cuando te vi á tí; mas entonces cesó mi inquietud, porque juzgué serias mi apoyo, dándome tu mano y tu corazón. Oh! el cielo sabe que no he puesto las miénes en tu grado ni en tus riquezas; miré en tí un hombre pudentoso, á quien amaba con delirio, y osé concebir la esperanza de ser tuya algun dia. Dios ha castigado mi orgullo, arrojando sobre mí tu olvido y tu desamor...

—Respóndeme, Adela, sácame por Dios de zozobras: ¿vive en esta casa la jóven que te protege?

—Sí, Camilo.

—¿Se parece á tí?

—Muchísimo; ¿pero á qué vienen estas preguntas?...

—¿Tiene amores con alguno?

—Sí, con un capitán de infantería, que hace pocos dias ha llegado á esta ciudad.

—Adela! exclamó el marino con voz solemne; Dios no te ha castigado, porque es justo y tu eres inocente. Oh! el que saca á los naufragos del fondo de las ondas; el que hunde en el abismo un frágil leño para elevarlo luego hasta el cielo; el que salva al impio marinero, que

después de haber blasfemado se humilla, y le pide perdón, no podía desamparar á una pobre huérfana, pura cual la estrella de Venus, y candida como la Luna!... Ese capitán de infantería es mi hermano, y yo creí que tenía amores contigo: ya se ha desvanecido el error, y solo resta pensar en nuestra suerte futura. ¿Quieres ser mi esposa, Adela? ¿quieres unir tu suerte á la suerte de un marino, que no tiene mas bienes que su empleo,

ní otras riquezas que su industria?

— Si, respondió Adela, profundamente conmovida, y cayó desmayada en los brazos de Emilia, que había escuchado el éoloquio de los dos amantes, colocada detrás de la jardinera.»

Luego que esta volvió en su acuerdo, se alejó Camilo de allí, dirigiéndose hácia la *Puerta de Mar*,

J. MANUEL TENORIO.

ESPAÑA PINTORESCA.



La Canal de la Ciudad de Murcia.

Antes de dar á conocer la época en que se construyó este hermoso puente, destinado á sustentar y facilitar el paso de uno de los ramales ó hijuelas que tiene el canal de regadío, que fertiliza la hermosa vega murciana, bueno será nos detengamos en el origen de donde nace la presa de sus aguas.

El río Segura, corre por medio de la Vega, desde *Poniente á Levante*, y divide por el medio-día, la ciudad de Murcia del barrio llamado, la Plaza de los Toros, al cual se pasa por un magnífico puente de solos dos ojos, que así por lo notable y sólido de su construcción, como por su belleza, lo describiremos en otro artículo. Un cuarto de legua antes de entrar el Segura en la Vega Murciana, por la parte de *Poniente*, hay una grande pieza de piedra y cal, formando dique ó presa; la mayor y de mas costo que sin duda existe en España destinada á semejante objeto, la cual segun Cascáles fué obra de los Sarracenos, opinión que parece confirmar la naturaleza de su argamasa. La muralla que la forma, ataja de sierra á sierra, el espacio de doscientas ochenta

varas de largo, hasta ceñir el río; y por la parte del cimiento, tiene ciento cincuenta varas de pie, desde donde suben unas gradas ó escalinatas hasta la cumbre, que termina, formando una mesa ó plano de diez y ocho cuartas de ancho, y cuarenta de elevación, desde la base á la parte superior, con que se ataja toda el agua del dicho río, y se reparte en dos acequias muy grandes que sorven la mitad del agua, dejando que siga la restante su curso por los trastejadores, que estan hechos para el efecto. Las dos mencionadas acequias conservan aun el nombre árabe: la una se llama *alquibla*, y la otra *aljufia*, que luego se reparten en infinitas hijuelas, por las que se riega la huerta, que tiene cuatro leguas y media, desde su presa hasta el término de Orihuela, que es un jardín continuado de verdura, donde el naranjo, la lima, el poncil, la melá rosa, los almendros y las gallardas palmeras, prestan sus perfumes y su sombra, junto con la preciosa morera, que con el trigo, el aceite, el maíz y otras mil producciones son la riqueza, el inagotable tesoro de aquella provincia, una de las

mas ricas preceas que en agricultura cuenta la nacion española.

Conocido ya el origen de estas aguas, que con tanto esmero se cuida de conducir, y en cuyo curso se cuentan situados tantos molinos para proveer de harinas á Murcia y su comarca, vamos á colocarnos al pié de la Canal, ó sea puente de madera, del cual está suspendido un cajon de la misma materia, por donde corre el raudal de agua, desde el Norte al Sur, con el fin de regar la comarca de allende de la ciudad, toda vez que el rio pasa por un cauce tan profundo en este sitio, que de otro modo no les fuera posible el riego sino á mucha costa.

Unas cien varas mas al poniente de esta canal ó acauducto, existen los restos y argamasones de la antigua y se conoce bien distintamente que fué construida en varias épocas, pues se distingue la argamasa árabe en unos, y en otros la frágil liga del siglo XVII, por cuanto habiendo perecido las anteriores, hubo de construirse la presente.

Los estribos laterales ó paredones sobre que descansa la canal, son de ladrillo y mampostería, y tienen noventa y seis pies de elevacion, desde su base ó nivel del rio, hasta su cúspide que está al nivel del piso de las huertas, y diez y ocho pies de espesor: sobre ellos se eleva un arco de medio punto bastante tendido ó abierto, construido con pilares y barrotes de madera, entrecruzados, dejando un espacio hueco á manera de cuadrado, por donde transita la gente, y cuya trabazon tiene por objeto principal amarrar los pies derechos ó pilares, de los cuales se prolongan unos tirantes que sostienen una canal, formada de tablas embreadas, que parece la cuerda del arco, para dar paso á un raudal continuo de cuatro á cinco pies cúbicos de agua.

La perspectiva de esta canal es bella, y ademas de su ligereza y situacion está pintada al óleo y cuidada con esmero; motivo por el cual, y porque los murcianos han introducido, á mi ver, una inovacion sumamente recomendable, no puedo menos de llamar la atencion de aquellos á quienes pueda corresponder, ó fin de que estudien el dibujo que está al frente de este artículo, como modelo, para aprovecharse de los incalculables ventajas que en circunstancias analogas pueda prometerles.

IVO DE LA CORTINA.

MISCELANEA.

EPISODIO DE LA VIDA DE VAN-DYCK.

Los primeros juguetes que tuvo Van-Dyck en su infancia, fueron pinceles, paletas y todos los utensilios necesarios para la pintura. Su padre, originario de Bois-le-Duc, era un pintor sobre vidrio, muy afamado en Amberes, donde residia desde fines del siglo XVI. Su madre cuya habilidad en bordar elogia un biógrafo, tenia ademas el talento de pintar paisajes y flores; y así era que compartia con su marido la tarea de iniciar al jóven Van-Dyck en los primeros secretos del arte.

Reconociendo los padres de Van-Dyck, que su hijo tenia una aptitud precoz y una vocacion decidida, le enviaron desde muy niño al estudio de Van-Palen. Este habia recorrido la Italia, y estudiado los maestros antiguos; dió excelentes lecciones al niño, quien se aprovechó tan bien de ellas, que á la edad de diez y seis años ya nada tenia que aprender apenas de su maestro, y consiguió ser admitido en la escuela de Rubens.

Uno de los hechos mas curiosos de la infancia de Van-Dyck, y que mas caracteriza su talento, es el siguiente: Rubens tenia un estudio reservado en el cual permitia entrar muy pocas veces, y siempre que salia dejaba la llave á su criado de confianza llamado Valveken. Pero los discípulos eran curiosos, Valveken no era incorruptible, y apenas Rubens habia vuelto la espalda, su hombre de confianza entregaba el santuario á la indiscrecion de los alumnos, que se aprovechaban de aquella connivencia para estudiar en todas sus fases de elaboracion, los cuadros del maestro. Un dia que Valveken les habia introducido, segun su costumbre, en el estudio reservado, se agolpaban al rededor de un cuadro que Rubens tenia en el caballete: era el famoso *Descendimiento de la Cruz*, que existe en la catedral de Amberes, y que es una de las obras maestras de aquel célebre pintor: todos querian verlo á la vez, y se disputaban el puesto con tal petulancia, que uno de ellos, Diepenbeke, empujado violentamente por uno de sus camaradas, fué á parar sobre el lienzo y borró con su caída el brazo de la Magdalena, y la barba y la mejilla de la Virgen. Era el accidente tanto mas grave cuanto estaban concluidas las partes borradas. ¿Qué habian de hacer? ¿Qué iba á ser de ellos? ¿Como confesar á Rubens tan terrible accidente? ¿Como ocultárselo? No encontrando otro remedio, trataban ya de escaparse para librarse de la cólera del maestro, cuando uno de los jovenes, Van-Hoek, dijo: « Amigos mios, es preciso no perder tiempo y arriesgar el todo por el todo. A un nos quedan cerca de tres horas de dia; aquel de nosotros que sea mas capaz tome la paleta, y procure reparar lo que está borrado. En cuanto á mi, doy mi voto á Van-Dyck, el único de entre nosotros que puede hacerlo. » Aprobóse el parecer por unanimidad; en vano quiso Van-Dyck excusar aquel peligroso honor; y rodeado, solicitado por todas partes, tuvo que ceder al fin, y poner manos á la obra. Al dia siguiente Rubens llevó á sus alumnos á ver su *Descendimiento de la Cruz*, y señalando con satisfaccion lo pintado por Van-Dyck. « No es esto, les dijo, lo peor que hice ayer. » Sin embargo, mirándolo con mas stencion, advirtió Rubens que una mano es traña habia tocado á ello, y supo todo lo sucedido el dia anterior. Segun algunos biógrafos, lo horró todo; pero nos inclinamos mas á creer, con otros, que dejó subsistir la restauracion de su hábil discípulo.

Rubens conoció bien pronto la superioridad de Van-Dyck; tuvo por él un vivo afecto, y le hizo trabajar en sus lienzos con preferencia á los demas. Siempre cargado de trabajo, tuvo en el jóven artista un precioso auxiliar, y pronto no hizo mas que componer y retocar sus cuadros.

A instancias de Rubens, que daba siempre este consejo á todos sus alumnos que apreciaba, se decidió Van-

Dyck á hacer un viage á Italia. Pero antes de partir, quiso dejar á su maestro un recuerdo de su afectuoso agradecimiento, y le regaló muchos cuadros, entre otros un *Ecce homo*, y un *Cristo en el jardín de las olivas*. Rubens los colocó en las principales habitaciones de su casa; los alababa con un sincero entusiasmo, y los enseñaba con orgullo, como igualmente un retrato de su muger, pintado también por Van-Dyck. En cambio dió á su discípulo uno de los caballos mas hermosos de su caballeriza.

El jóven Van-Dyck, al ir á Italia, se detuvo en la aldea de Saventem, donde compuso la *Caridad de San Martín* y la *Familia de la Virgen*. En el primer cuadro, se pintó á sí mismo, montado en el caballo que Rubens le había regalado. Este cuadro, una de las mas grandes composiciones del autor, ha quedado en la Iglesia de Saventem. En cuanto al de la *Familia de la Virgen*, en el que Van-Dyck habia retratado á su padre y á su madre, ha desaparecido, sin que jamás se haya podido saber ni lo que ha sido de él, ni quien se lo llevó.

Van-Dyck, en una carrera demasiado corta, supo adquirir un nombre que permanecerá entre los mayores del arte. Nació en Amberes el 22 de Marzo de 1599, y murió el 9 de Diciembre de 1641, en Londres, donde la amistad del Rey Carlos I le habia colmado de favores y de distinciones.

en cuyo pie se habia elevado aquel altar. Habiendo llegado á ser Gedeon jefe de los Judios, estirpó todo culto idólatra; pero cuando murió, los hebreos volvieron á Baal.

Bajo el mando de los reyes, nada hay mas triste y mas curioso al mismo tiempo que la vuelta de los Judios al culto de los falsos dioses, en el mismo recinto del templo de Salomou. Jeroboam, Abiam y otros príncipes, erigen altares y sacrifican á Baal. Pero lo que es mas significativo, es ver al mismo Salomou erigir ídolos á Astarté, á Moloch, y á Chamos, ídolo de los Moabitas; y lo que mas sorprende, es que aquellos monumentos se levantaron en frente del de la ciudad santa. (Lib. de los reyes, III, IX.)

Josias empleaba el hierro y el fuego, destruye los ídolos y hace dar muerte á los sacerdotes; pero entonces es cuando estalla sobre todo la tenacidad del pueblo judío con respecto á los ídolos estrangeros: pues cuando aquellos altares erigidos por los reyes de Judá en el templo del verdadero Dios y en sus propios palacios, fueron destruidos por Josias, descontentos los Judios con aquella destruccion, hicieron construir cobres las azoteas de sus casas altares, donde adoraban los astros (Jeremias).

Aquellos altares, aquellos *Altos Lugares* (1) consistian en una construccion de piedra, afectando mas ó menos la forma piramidal, por medio de unos escalones que servian para subir á la cumbre. Aquellos monumentos eran con frecuencia de muy grande dimension. Habian tomado su forma del Asia, y particularmente de la Persia, donde el culto de los astros, el sabeismo, estaba mas generalmente difundido. La Biblia, en el capítulo IX del libro de los jueces, nos suministra noticias curiosas, sobre el alto lugar que se veja en Sichem. Aquel monumento, como otros altos lugares importantes de la Judea, era una gran torre cónica ó piramidal, en un templo bastante espacioso para que pudieran celebrarse en él los festines públicos, y en cuya cúspide habia un altar compuesto de dos gradas, de piedra la primera, y construida la segunda con la ceniza de los muslos de las victimas; particularidad tan estraña como curiosa, atestiguada por Plinio y por Pausanias.

Jenofonte, en su *reítrada de los diez mil*, dice que los Griegos al llegar á una ciudad del Asia que indica, vieron huir á todo el pueblo á su aproximacion, y refugiarse en su templo, sobre una gran pirámide.



(1) En hebreo, estas palabras *altos lugares* están expresadas por *bamoth*, plural de la palabra *bama*. Es imposible no reconocer la raíz de la palabra griega *bamos* (la casa elevada). Sabido es, que por medio de Cadmo, habian recibido los Griegos en su lengua muchas palabras fenicias.

LOS ALTOS LUGARES —IDOLATRÍA DE LOS JUDIOS.

¿Quién no se ha admirado, al leer la Biblia, de la vuelta inesperada de los Judios al culto de Baal, y á los sacrificios sobre los *Altos Lugares*?

La ciencia arqueológica ha debido investigar lo que podian ser aquellos altares de Baal, aquellos altos lugares, segun la expresion de la Biblia.

El pueblo judío, salido del Egipto, iba á penetrar en el país de Canaan; Moises no cesaba de advertirle que iba á encontrarse en medio de ídolatrías, que daban un culto insensato á dioses falsos. Los libros santos estan llenos de estas advertencias hechas á los hebreos, de resistir al contagio, y de romper los ídolos; Temores fundados, advertencias inútiles! El pueblo en medio del cual iba á establecerse el pueblo judío, estaba compuesto de tribus mohabitas y canaanitas, dedicadas todas al culto de los astros, y que no podian dejar de ejercer sobre los Judios la doble influencia de la lengua y de la raza; influencia aumentada por la civilizacion, el comercio y la navegacion: por lo mismo, desde los primeros tiempos se mostró inclinado el pueblo judío, á practicar aquel culto de las tribus canaanitas. Leyendo con atencion la Biblia te encontramos siempre, ya bajo el mando de los jueces, ya bajo el de los reyes, fluctuando entre el culto del verdadero Dios y el de los ídolos, entre la verdad y el error; y hasta se le ve algunas veces sacrificar sobre los altares del Dios verdadero, con prácticas fenicias.

En el capítulo sexto del libro de los jueces, leemos que el padre de Gedeon, de la Tribu de Manasés, habia erigido en Ephra un altar á Baal, y que por orden de Dios lo destruyó Gedeon, y cortó por su nacimiento el arbol

MODAS DE PARIS.



Paris 16 de Agosto.

Tal vez no hay cosa mas difícil que escribir un artículo de modas en España, donde si bien se adoptan y siguen las de Francia, y en verdad no sin gracia por algunas de nuestras elegantes, faltan los términos propios de la facultad, ó mejor dicho, la tecnología necesaria para expresar bien, no solo las formas de los trajes, que los tienen en las márgenes del Sena convencionales, sino tambien las diferentes clases de ropas que en ellos se emplean, los colores y hasta los flecos con que los adornan. ¡Qué apuro! Mas fácil sería escribir diez artículos de política *palpitante*, como se dice ahora; diez artículos de oposición, que son tan fáciles, y diez de coalición que son tan difíciles, de dos ó tres columnas cada uno, que escribir un artículo de modas, elegante á la par que inteligible para las bellas, á quien principalmente va destinado. No hay remedio, tenemos que buscar una amable colaboradora, inteligente en el ramo, que nos ayude en tan penoso trabajo; y gracias á que la penetración y talento, en cuanto á modas, de lo general de las mugeres, sino comprende bien nuestras esplicaciones, comprenderá los figurines, y ellos les servirán para dirigir su tijera, (tómese la palabra en buen sentido) y para ajustar su cuerpo al modelo, pues este será exacto, gracias á lo bien que copia el dibujante, y graba el grabador.

Echa esta salvedad, introito, disculpa ó como quiera llamarsele, entremos ya en materia.

Ha sido este año tan vária la temperatura durante el verano, que se han confundido los trajes, de modo que entre los que manifestaban á la legua el calor de la estación, aparecian otros mas apropiados para el invierno.

El traje, cuyo figurin damos hoy, es de esta última clase, pues se compone de un sombrero de crespon blanco con pluma rusa, y un vestido de seda *glacé* de color de *escarabajo*. La falda es abierta, y deja ver por debajo un vestido de muselina; el cuerpo ó jubon con el cuello bajo, ostenta un camison con chorreras, y solo la sombrilla *á lo vieja*, anuncia que es traje de verano.

En los días *normales*, los buenos, se han usado vestidos de *barege eoliana*, de lana y seda, y de *barege* de seda, sobre los cuales serpenteaba una guirnalda de flores. Estos últimos tenían una frescura y ligereza encantadora; dos faraloes grandes ó jaretas, los jubones sin cuello, y las mangas cortas.

Tambien se han usado vestidos de muselina de la India, con delantales bordados de dibujos de encaje, y rodeado el bordado de encaje, levantado por cada lado por lazos de cinta, el cuerpo ajustado, y bordado por delante, continuando el encaje del jubon, y rodeando el cuerpo. Turbante de punto de Inglaterra.

Todos estos trajes de telas un poco gruesas, se adornan en forma de delantal, y los sesgos, los pliegues á *lo vieja* (qué nombre tan feo) y los adornos de pasamantería, los embellecen mucho.

Tambien se han usado vestidos de taftan de Italia *glacé*, en forma de bata abierta, rodeada de un plegado de cinta, y un vestido de muselina por debajo, con dos faraloes poco fruncidos. Las mangas de la bata semilargas, y rodeadas del mismo plegado, dejaban paso á las del vestido de muselina. Añádase á esto un pañuelito de *barege*, con dibujos de *cachemir*, y una *copota* (gorro) de crespon blanco, adornada con un ramo de flores, y se tendrá una idea del elegante traje que describimos.

En el día, en que tanto progresamos, la moda se declara altamente retrógrada, y adopta para todo, no solo los modelos, sino los nombres antiguos. No aprobamos en manera alguna, que se llame á cierta clase de sombrillas, á la *vielle*, á los gorros á la *duarriere* etc. etc. pues aunque los nombres no harán parecer feas á las hermosas, ni poco elegantes á las que sepan vestir, choea el tener que usar de nombres tan feos, (non perdou sea dicho de las respetables), cuando la moda podría adoptar otros mas risueños, y que no hirieran desagradablemente los oídos delicados. Este punto necesita reforma. Entretanto disimúlesenos el que usemos los nombres con que se designan las modas en Francia que menos malo es eso, que los galicismos que vemos todos los días en traducciones que por su importancia deberian ser mas cuidadosamente trabajadas: las mugeres nos comprenderán, pero ni ellas ni nosotros comprenderemos los barbarismos que se imprimen. ¡Pero qué necedad! Cuando pedimos indulgencia, nos ponemos á criticar! Vamos, decididamente las modas nos han trastornado la cabeza. ¡Cosa de mugeres al fin!